

La veu de les paraules

Por qué escribo

En un país lejano, de una isla remota, hace muchísimos años, vivía una joven llamada Mian. Era la hija de una oronda cocinera del castillo real. Tenía 19 años. Su cabello cobrizo y encrespado competía con los cientos de pecas y la redondez de sus ojos por ser su rasgo menos favorecedor. El resto de muchachas del servicio se burlaban de su ausente belleza, y los jóvenes casaderos obviaban su presencia. Mian se deslizaba silenciosa con la mirada perdida pero su madre, siempre ocupada amasando o rellenando algún ave, apenas era consciente de ello. Sin embargo, ella había descubierto una forma de evadirse. Por las noches, iluminándose con la tea que quedaba encendida frente a las estancias de la servidumbre, atravesaba sigilosa las múltiples salas del castillo, que, despojado de cualquier rastro de calidez, se erigía sobre el desafiante acantilado. Y tras muchos escalones lograba llegar a su lugar preferido, la gran biblioteca. Allí Mian se mecía entre párrafos determinantes, caligrafías rocamboleras, historias de santos, y algún que otro título prohibido. Nunca se quedaba dormida. Y al amanecer, poco antes de que la vida se reanudase entre los muros prepotentes, regresaba a su lecho.

Una madrugada, al salir de la biblioteca aún suspirando, se percató de la existencia de una portezuela que nunca antes había apreciado. Con los ojos entornados y el ceño fruncido se dirigió hacia ésta hallando tras ella una empinada escalera de caracol. Ascendió con el corazón latiendo acelerado para descubrir un salón donde el hogar proporcionaba una agradable temperatura y luminosidad. Había un ventanal de arco apuntado frente al cual una dama vestida con un traje bordado en tonos dorados miraba hacia el infinito. Dijo llamarse Dán. “Ven, Mian. Ahí fuera está la libertad. Puedes olerla y oírla. Pero sólo te pertenecerá si eres lo suficientemente autoritaria con ella. ¿Quieres volar, Mian? Olvida tus temores, te enseñaré algo maravilloso”. Mian se acercó. Dán la tomó de la mano y mirándola con ternura, adornada con una sonrisa resplandeciente, le preguntó si confiaba en ella. “Claro”, dijo la joven. Llevaba una eternidad esperando ese momento. Y con los dedos entrelazados se lanzaron al vacío. Cerró los ojos. El sabor del mar penetró en los poros de su piel y el viento helado hizo más profunda su respiración; tenía alas. Cuando se detuvieron, y tras notar la tierra de nuevo bajo sus pies, miró a su alrededor. Sin lograr parpadear, el aliento contenido, un peso en su esternón, distinguió una cueva con una cámara central en la cual desembocaban infinidad de grutas y cavernas, con sus correspondientes estalagmitas y estalactitas, todas ellas iluminadas por los colores del arco iris. En cada esquina, en cada recoveco, a izquierda y derecha, incontables personajes le sonreían y gesticulaban con objeto de llamar su atención. Brujas, princesas, hechiceros, caballeros, reyes, labradores, bufones... “Todos están aquí por ti y para ti, querida Mian. Aguardan a que tú les



Biblioteques públiques
de Terrassa

La veu de les paraules

des vida. A que los unas, los separe, los asesines y los resucites, los salves de terribles peligros, los hagas reír o llorar, a que los ames, en definitiva". "Pero, yo,... No sé si pueda, no estoy preparada para asumir tal responsabilidad..." . "¿Quieres ser libre, Mian?" "Por supuesto, Dán. Pero temo no hacerlo bien" . "Si lo deseas realmente, si tomas las riendas de todo esto, lograrás dormir cada noche sabiendo que otro fragmento de ti se ha desprendido para formar parte de la Eternidad. ¿No anhelas recorrer, desembrollar, apropiarte de este laberinto? Piénsalo, Mian" . Y poco a poco la dama se desvaneció, la cueva se desdibujó, todos aquellos seres se difuminaron.

Mian se tapó la cara con ambas manos, y secó las lágrimas que sin percatarse había derramado. Contempló las estanterías rebosantes de libros y por un instante creyó que todo había sido producto de su imaginación. Pero junto a ella reposaba un paquete envuelto en terciopelo dorado. Temblando lo destapó para descubrir una pluma y un tintero.

Nunca más se deslizó silenciosa por las salas del castillo. Porque la libertad tintineaba a su paso.

Mian: **Deseo**, en irlandés.

Dán: **Poema**, en irlandés.

Silvia Rodríguez Mondéjar.

Terrassa, 19 d'abril de 2011.